

Crisis política y transición en el movimiento obrero argentino (1969-1975): el caso de Electromecánica Argentina (EMA).

Walter Koppmann y Martín Marchetti.

Cita:

Walter Koppmann y Martín Marchetti (2013). *Crisis política y transición en el movimiento obrero argentino (1969-1975): el caso de Electromecánica Argentina (EMA)*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/281>

X Jornadas de sociología de la UBA.

20 años de pensar y repensar la sociología.

Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI

1 a 6 de Julio de 2013

Mesa: 19 - Estudios sociológicos e históricos acerca de las izquierdas y el movimiento obrero en la Argentina, 1880-1976

Título de la ponencia: **Crisis política y transición en el movimiento obrero argentino (1969-1975): el caso de Electromecánica Argentina (EMA)**

Autores: Koppmann, Walter L. Estudiante FCS-UBA

Marchetti Gómez, Martín. Estudiante FCS-UBA

Resumen

En 1969, el Cordobazo abrió, a través de una praxis de clase concreta, una nueva perspectiva histórica en la conciencia de los trabajadores y de todos los que luchaban contra el Onganía y el poder político en general, dejando como grandes lecciones la acción directa, la dirección obrera de la lucha anti-imperialista y la perspectiva de una organización histórica independiente de la clase obrera argentina. La profundización de este horizonte de visibilidad chocó con las expectativas generadas en torno al regreso de Perón, quien demostró la incapacidad política del gobierno para encausar la movilización de amplios sectores de la sociedad en torno a reivindicaciones de carácter inmediato (crisis del "pacto social") sosteniendo, en cambio, la regimentación del movimiento obrero y la lucha contrarrevolucionaria a través del asesinato de cientos de activistas y delegados fabriles.

En este trabajo nos centraremos en aquellos aspectos que dan cuenta de la ruptura política de los trabajadores con las direcciones burocráticas de sus gremios y sindicatos, en el sentido del agotamiento de una experiencia con el movimiento peronista en general y con Perón en particular (crisis del nacionalismo burgués); experiencia, por otro lado, enmarcada por una transición política que alcanzará nítidamente su *súmmum* en las jornadas de la huelga general de julio de 1975. De esta manera, nuestra principal hipótesis de trabajo sostiene que la última dictadura militar (1976-1983), régimen de dominación de crisis, vino a interrumpir esta experiencia con el nacionalismo burgués, propinándole a la clase una derrota efectiva aunque no decisiva. Para abordar esta problemática desde el mundo del trabajo y el clasismo, pondremos el foco de análisis en el caso de Electromecánica Argentina (EMA), fábrica de la zona norte del Gran Buenos Aires, dirigida entre 1973 y 1975 por la izquierda revolucionaria, Política Obrera (PO).

'movimiento obrero', 'transición', 'crisis política', 'nacionalismo burgués', 'izquierda revolucionaria'

Introducción

*“La historia cosecha los acontecimientos del pasado,
amplificándolos o no en función de las necesidades presentes.
Es en función de la vida que interroga a la muerte”
en Combates por la historia, de Lucien Fevre*

Este trabajo se inscribe en un conjunto bastante reducido de producciones que buscan rescatar del olvido y el ocultamiento una historia diferente y antagónica a la oficial: la historia de los trabajadores. Es este un relato surcado por la lucha y la organización de la clase obrera por su existencia y porvenir pero, también, es el descubrir y resignificar, en el curso del presente (como historia), la huella de los acontecimientos del pasado para germinar una mayor conciencia sobre los desafíos y las tareas pendientes. La producción aquí vertida, entonces, busca contribuir al debate historiográfico existente sobre los '70 en pos de una acción política más incisiva y estratégica.

Por otro lado, cabe destacar que el trabajo aquí presentado sintetiza los avances realizados hasta el momento en torno a una investigación mayor, efectuada en el marco del seminario de la carrera de Sociología “Conflicto y cambio social en los '70”. Por ende, no pretendemos ofrecer conclusiones finales o decisivas, ni mucho menos; simplemente, nos interesa presentar, en este espacio, algunos de los resultados provisorios a los cuales arribamos. En última instancia, creemos que lo “acertado” del análisis estará determinado por su actualidad como contribución a la crítica, formulación y praxis de una estrategia revolucionaria en el medio de la crisis mundial contemporánea y las perspectivas históricas de desarrollo para una alternativa revolucionaria.

Hipótesis de trabajo y objetivos

En 1969, el Cordobazo marcó un hito en la evolución de la conciencia de los trabajadores de Argentina, abriendo la perspectiva de una organización histórica independiente de la clase obrera. La profundización de este horizonte de visibilidad chocó con las expectativas generadas en torno al regreso de Perón, quien demostró la incapacidad política del gobierno para encausar la movilización de amplios sectores de la sociedad en torno a reivindicaciones de carácter inmediato (crisis del "pacto social") sosteniendo, en cambio, la regimentación del movimiento obrero y la lucha contrarrevolucionaria a través del asesinato de cientos de activistas y delegados fabriles.

En este trabajo nos centraremos en aquellos aspectos que dan cuenta de la ruptura política de los trabajadores con las direcciones burocráticas de sus gremios y sindicatos, en el sentido del agotamiento de una experiencia con el movimiento peronista en general (en tanto movimiento nacionalista) y con Perón en particular (en tanto líder político). De esta manera, una de las categorías centrales de la investigación será el *nacionalismo burgués*, forma política de dominación social clave a la hora de estudiar la mecánica peculiar entre las clases en los países oprimidos por el imperialismo. Nuestro análisis, por lo tanto, partirá, como premisa teórica o *axioma*, de su tardía inserción en la economía mundial.

La experiencia de los trabajadores de la Argentina entre 1969 y 1975, por otro lado, estuvo enmarcada en una transición política donde la burguesía y el proletariado protagonizaron una carrera contra el tiempo para dotarse de una dirección política propia que les permitiera hegemonizar el movimiento de masas, ya sea agudizando su intervención a través de una acumulación en términos de poder político y organización

o pasando a la ofensiva, propinándole un golpe certero, que bloqueara sus posibilidades de desarrollo.

Sobre el telón de fondo de la crisis mundial de 1973¹, el desenvolvimiento creciente de esta lucha política alcanzará nítidamente su *summum* en las jornadas de la huelga general de julio de 1975, donde el movimiento popular, encabezado por los obreros industriales de las ciudades, enfrenta en las calles el programa de ajustes y tarifazos impulsado por el ministro de Economía, Celestino Rodrigo (episodio conocido como el “Rodrigazo”), y fuerza la renuncia del gabinete lopezrreguista, tornando al gobierno de Isabelita un cadáver insepulto.

De esta manera, nuestra principal hipótesis de trabajo sostiene que la última dictadura militar (1976-1983), régimen de dominación de crisis, vino a interrumpir esta experiencia con el nacionalismo burgués, propinándole a la clase una derrota efectiva aunque no decisiva y, específicamente, el aniquilamiento de su activismo organizado, una vanguardia obrera revolucionaria en vías de formación que perfilaba las tendencias más fundamentales del proletariado a su constitución como clase para sí y dirección hegemónica de los asuntos del país (caudillo nacional que disputa las formas económicas y políticas de la reproducción social).

Para abordar esta problemática desde el mundo del trabajo y el clasismo, pondremos el foco de análisis en el caso de Electromecánica Argentina (EMA), fábrica de la zona norte del Gran Buenos Aires, dirigida entre 1973 y 1975 por la izquierda revolucionaria, Política Obrera (PO). Nos interesa especialmente abordar las múltiples aristas de este vínculo recíproco entre movimiento obrero e izquierda a fines de poder comprender el trabajo “gris y cotidiano” de una de las organizaciones políticas más importantes del clasismo setentista, tanto por su inserción en los lugares de trabajo como por el acierto histórico de sus caracterizaciones.

A partir de estas hipótesis de trabajo, y tomando a EMA y la actividad política de PO como *caso testigo*, los objetivos de este trabajo son:

- ✚ delinear las dimensiones, magnitud y alcance histórico de la crisis de poder (1969-1975) en relación a la experiencia de los trabajadores con el movimiento peronista en general y con Perón en particular, detectando aquellos elementos que den cuenta de una ruptura política con el nacionalismo burgués.
- ✚ esbozar una fisonomía general del nacionalismo burgués (en tanto forma política de dominación de clase) y los límites de su intervención en la crisis del régimen político argentino (crisis de hegemonía), trazando, a su vez, los obstáculos y dificultades presentes en el desarrollo del “factor subjetivo” revolucionario, a través del análisis de los temas, actores y dilemas centrales presentes en las caracterizaciones de Política Obrera para el período.

¹ Varios hitos gestaron las condiciones para esta crisis mundial, académica (aunque erróneamente) catalogada como una “crisis de acumulación” (en el sentido de la acumulación de riqueza por parte de la burguesía y por ende su incapacidad para reinvertir). La guerra de Vietnam, las insurrecciones populares de fines de la década del '60 (tanto en territorios capitalistas como comunistas), la declaración de la inconvertibilidad del dólar y el fin de los acuerdos de Bretton Woods en 1971 y la crisis del petróleo declarada por los países de la OPEP en 1973 son sólo algunos de los momentos más destacables de la crisis capitalista mundial de los '70. Ver Rieznik, Pablo, “Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial”, Revista *En defensa del marxismo*, n°40.

- ✚ explicar los distintos momentos y las variadas formas de lucha y organización de los obreros de EMA en el marco de una movilización política permanente que planteó tanto un límite económico a los distintos planes de productividad de la patronal como un límite político al inmovilismo, la contención y la traición de la burocracia sindical peronista.
- ✚ indagar acerca de los contornos variables, las limitaciones y los desenlaces de los diferentes momentos en la relación trabajadores – izquierda, especificando los espacios de tensión, apoyo y ruptura que se conjugan a partir del contrapunto entre los reclamos y necesidades que presenta la movilización obrera y la capacidad de la izquierda por estructurarlos políticamente, asumiéndose como una dirección política reconocida.

Metodología de investigación

Como parte de una lucha política más general traducida en un combate historiográfico por el sentido y significados de la lucha setentista, la bibliografía especializada y los análisis históricos, sociológicos y políticos acaban por confluír en tres vertientes de interpretación principales². La revisión bibliográfica nos delineó el siguiente mapa del conocimiento historiográfico.

El primer “relato” constituye la base ideológica y discursiva de los defensores del golpe de Estado de 1976; se trata del relato de la contrarrevolución. El hilo argumental sostiene que la Argentina corría el riesgo de caer en manos de la “subversión”, a la que se identificaba con el accionar de la guerrilla, tanto militar como fabril (en este sentido, la “Doctrina de la Seguridad Nacional” yanqui y la teoría contrainsurgente del “enemigo interno” elaborada por la Escuela de las Américas³). El logro de las Fuerzas Armadas (FF. AA) habría sido derrotarla en el campo de batalla. Los actos de genocidio (como los secuestros y torturas) son calificados de “errores y excesos”, cometidos en medio de una guerra “justa” y “necesaria”. Claramente, el objetivo de la contrarrevolución era restaurar, de alguna manera, el orden social (y sus privilegios de clase), amenazados y quebrados bajo la marcha ascendente de la movilización obrera de masas.

La “teoría de los dos demonios” es otro de los relatos construidos sobre la derrota histórica de los trabajadores, luego del retorno de la democracia burguesa, en 1983. Nació con el fenómeno alfonsinista y se formuló con precisión en sus años de apogeo. Se trató de una creación directa de la administración de Alfonsín que, junto a otras, la democracia burguesa heredaría y mantendría vigente, siendo doctrina oficial y discurso público estatal prácticamente hasta el año 2003. En el (ahora) antiguo prólogo alfonsinista del *Nunca más*, elaborado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) en 1985, se podía leer: “*Durante la década del '70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda*” y sigue “*Se nos ha acusado, en fin, de denunciar sólo una parte de los hechos sangrientos que sufrió nuestra nación en los últimos tiempos, silenciando los que cometió el terrorismo que precedió a marzo de 1976, y hasta, de alguna manera, hacer de ellos una tortuosa exaltación. Por el contrario, nuestra comisión ha repudiado siempre aquel terror.*”⁴. En realidad, se trataba de una operación

² Sobre los “tres relatos”, véase la “Introducción” a Werner, Ruth y Aguirre, Facundo, *Insurgencia obrera en la Argentina (1969-1976)*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009.

³ Ver Canelo, Paula, *El proceso en su laberinto*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008, p. 38.

⁴ Citado en Werner y Aguirre, *Insurgencia obrera...*

de *transformismo* político a través de una interpretación “ingenua” y convencional de la sociedad argentina: en lugar de estar dividida, enfrentada, conflictuada en los años '70 pasa a ser *la Argentina confundida, inerme, inmóvil y aterrorizada* frente a contendientes armados con los que poco tiene que ver. El pasado reciente acababa por agitarse como un fantasma que no debía volver a tomar cuerpo real en las luchas que, finalmente, alentarían el derrumbe político de Alfonsín.

Por último, la historiografía peronista también escribió su propio relato. De modo clásico, exhibiendo los acontecimientos como expresiones de un momento irrepetible, donde un contingente de jóvenes de una generación utópica insinuaron una voluntad abnegada de cambio en un combate armado sin ninguna perspectiva ni posibilidad de victoria. En otras palabras, y como veremos más adelante, se trata del ocultamiento necesario del rol jugado por el mismo Perón y el derrotero histórico del movimiento que dirigió, el peronismo en tanto movimiento nacionalista de masas. Los cauces políticos del “primer trabajador” acabaron por ahondar, llegado el momento de reacción, en ser el director de orquesta de una ofensiva contrainsurgente cuyo objetivo principal era aniquilar el inmenso trabajo político desarrollado por la izquierda en el movimiento obrero (incluimos, naturalmente, a la agrupación sindical de Montoneros, la Juventud Trabajadora Peronista-JTP). El relato peronista es el relato de una generación que luchaba por sus ideales, con una pasión desmedida y que hoy deben seguir vivos sin ninguna perspectiva real de transformación social: ahora ellos han pasado a ser los funcionarios del gobierno kirchnerista.

Una variante de este relato historiográfico es la producida desde sectores ex guevaristas o ex trotskistas, otrora simpatizantes de la experiencia del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) – Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). La lucha política, es decir, la lucha por el poder político para la clase obrera en pos de la conquista del aparato del estado y el establecimiento de un gobierno de los trabajadores que dirija los asuntos del país, es reemplazada por la lucha armada. La historia se vuelve una sucesión de batallas épicas entre guerrilleros urbanos (caídos en rebelión) y las tropas armadas contrainsurgentes. El *racconto* de los asesinados y desaparecidos (“bajas” en combate) es la justificación, *in ultima ratio*, de estos análisis, tendientes a bloquear el desarrollo de una perspectiva política independiente a partir de un seguidismo *sine qua non* al nacionalismo burgués peronista⁵. La táctica política se reduciría, entonces, a la espectacularidad de los enfrentamientos armados y su valor ejemplificador (y de vanguardia) para el resto de la clase. Se trata de la visión *foquista* de la historia; una producción paradigmática de este arco de autores -cuyo precursor fue Juan Carlos Marín con *Los hechos armados*⁶ y el resto de las investigaciones provenientes del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO)- es el libro colectivo, dirigido por Inés Izaguirre, *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983*.⁷

Finalmente, y en pos de la reconstrucción de una historia de los trabajadores desde una perspectiva de clase, este trabajo se inscribe dentro de un conjunto de publicaciones que buscan profundizar este enfoque, recuperando una visión crítica de la historia para armar a los trabajadores de conclusiones actuales que se desprenden de las experiencias pasadas de lucha y organización por su emancipación social.

⁵ Al respecto del debate sobre estrategia revolucionaria entre foquismo y trotskismo ver Lora, Guillermo, *Revolución y foquismo*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.

⁶ Ver Marín, Juan Carlos, *Los hechos armados*, Ediciones PI.CA.SO./La rosa blindada, Buenos Aires, 2007.

⁷ Ver Izaguirre, Inés (comp.), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983*, Eudeba, Buenos Aires, 2012.

Para encarar este trabajo, relevamos distintas fuentes primarias, en primer término, los diarios y las publicaciones de la época que mencionaban o hacían referencia, tanto a los conflictos puntuales de EMA como a aquellos elementos que comprendían el sentido político del proceso de transición más general. A la vez, y en segundo lugar, procedimos al análisis de otras fuentes de acceso plausible tales como folletos, volantes y otros materiales públicos e internos de la comisión interna, afín de indagar en los aspectos más sutiles del mundo obrero, entendiendo tales materiales como la expresión más palpable y singular del nivel de organización de clase.

Asimismo, la combinación de ambas actividades nos permitió precisar la caracterización de las izquierdas en su reciprocidad constitutiva con el movimiento obrero, o sea, sus aciertos y fracasos en términos de estrategia política en la medida en que la orientación que adoptaron se bifurcara del movimiento real ascendente de la masa de trabajadores organizados. Por otro lado, corroboramos la posibilidad de acceder a la prensa de la organización Política Obrera para el período en cuestión (1969-1975) junto a distintos materiales internos y de difusión masiva. Finalmente, trabajamos en los archivos de los siguientes centros de documentación: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CeDInCI), la hemeroteca de la Biblioteca Nacional y la de la Biblioteca del Congreso de la Nación. La revisión de estos centros archivísticos permitió comprobar la posibilidad de trabajar con fuentes primarias y de acceso real para dotar a la investigación de un sustento empírico original.

Por último, planificamos incluir una entrevista al ex dirigente de EMA y actual dirigente del Partido Obrero, Néstor Correa, la cual aportará ingente material original y “de primera mano” a través del registro oral y de un cuestionario combinado de preguntas abiertas y cerradas.

Algunas palabras sobre el desarrollo desigual y combinado

Para desarrollar este y el siguiente apartado sobre las peculiaridades de la revolución latinoamericana, nos apoyaremos, principalmente, en los trabajos de Guillermo Lora⁸ y del equipo de redacción de Prensa Obrera⁹ así como también en el clásico estudio de Lenin sobre el imperialismo¹⁰.

El análisis de la Argentina parte, como premisa teórica o *axioma*, de su tardía inserción en la economía mundial. En otras palabras, este es el rasgo diferencial de los países atrasados con respecto a las metrópolis imperialistas pues determina la totalidad del desarrollo social de sus propias estructuras, siendo diferentes los caminos para el arribo al capitalismo. Mientras que para las potencias centrales fue un proceso gradual de transformación interna, como consecuencia de fuerzas contradictorias en pugna (y cuya génesis también es interna), para los países coloniales y semicoloniales el capitalismo constituyó un fenómeno externo y llegó hasta ellos como una fuerza invasora mediada por la *violencia* como potencia económica¹¹, siendo incorporados

⁸ Ver Lora, Guillermo, “Acerca de la burguesía nacional” en *Estudios Histórico-Políticos sobre Bolivia*, Ediciones El Amauta, La Paz, 1978

⁹ “El partido obrero y el peronismo” en Equipo de redacción de Prensa Obrera, *El partido obrero y el peronismo*, Ediciones Prensa Obrera, Buenos Aires, 1983

¹⁰ Lenin, Vladimir, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Editorial Progreso, Moscú, sin fecha.

¹¹ “La llamada acumulación originaria”, cap. XXIV en Marx, Karl, *El capital*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

autoritariamente a la economía mundial y obligados, a fuerza de látigo, a asimilar apresuradamente algunas de sus adquisiciones, aquel flujo *civilizatorio*.

Es que la formación de la unidad internacional del capitalismo, es decir, la economía mundial como realidad tangible y patente, es la ley más general de nuestra época que, al refractarse en la estructura de cada país (al condicionar su economía), determina las particularidades nacionales. En palabras de Trotsky “...*en política, lo más importante y lo más difícil es establecer por una parte, las leyes generales que determinan la vida y la lucha en todos los países del mundo actual; por otra parte, es descubrir la combinación particular de estas leyes en cada país dado*”¹².

De esta manera, la transformación capitalista de ciertos sectores de la economía nacionales latinoamericanas se realizó vía la penetración del capital financiero, o sea, subordinada a los intereses de las metrópolis, convirtiéndose en el punto de partida de la opresión nacional por parte del imperialismo (o, lo que es lo mismo, en la no existencia del Estado nación soberano). Por otro lado, y como contrapartida necesaria, las relaciones sociales de producción capitalistas pasaron a coexistir en el tiempo con resabios¹³ de formaciones sociales precapitalistas, subordinando estas últimas a sus propias formas específicas de reproducción (sobre la base de la preeminencia histórica *ergo* superioridad social del modo de producción capitalista)¹⁴.

En este sentido, como acertadamente señala Lora¹⁵, la opresión imperialista es nacional y no estrictamente clasista, pese a que el sector básico del proletariado nace con la invasión del capital financiero. Este fenómeno, aunado al atraso del país (el no cumplimiento de las tareas democráticas por las condiciones sociales que explicaremos más adelante), motivan que las clases sociales jueguen un papel peculiar (el cual de ningún modo es calco del rol de las clases sociales en la metrópoli) y se establezca entre ellas una no menos peculiar mecánica. De alguna manera, esta mecánica específica entre las clases comenzaría a explicar por qué la revolución en los países coloniales y semicoloniales muestra particularidades diferenciales con respecto a la revolución en las metrópolis (ciclo clásico de ascenso histórico de las revoluciones burguesas en Europa, *circa* S. XVII y XVIII).

Mecánica peculiar de las clases sociales

El rasgo diferencial de la revolución latinoamericana, como indicamos, implica una opresión sobre el conjunto de la nación, es decir, no sólo sobre el proletariado sino también sobre el resto de las clases (incluida la burguesía nacional). De la intimidad de este último aspecto brota una contradicción peculiar aunque no por ello menos fundamental: hay también una contradicción de intereses entre ellas¹⁶.

No obstante, la tardía incorporación del país a la economía mundial, que entonces modifica y no supera su atraso, está ya demostrando la caducidad de las clases dominantes locales, el agotamiento de su razón histórica de ser. En sí y para sí, se trata de una burguesía *incompleta* -o innecesaria desde el punto de vista histórico-, al no poder cumplimentar las tareas históricas propias de su etapa productiva de existencia (coincidentes con el momento europeo de ascenso revolucionario burgués, *circa* S.XVII

¹² Ver Trotsky, León, “Declaración a un periódico cubano”, septiembre de 1938.

¹³ Aspectos secundarios por su peso específico, no decisivos.

¹⁴ Al respecto, ver el apartado “La formación social peruana” en Mariátegui, José Carlos, *Textos básicos*, FCE, México, 1995.

¹⁵ Lora, Guillermo, “Acerca de la burguesía...”, pág. 28.

¹⁶ Lora, Guillermo, op. cit.,

y, de modo más nítidamente capitalista, S. XVIII). Estas tareas históricas serían: derribar las formas políticas precapitalistas habiendo barrido las relaciones económicas anteriores; consolidar el latifundio como forma de explotación agraria capitalista y las *urbes* modernas en tanto “gran taller”; construir su propio aparato de dominación de clase en una base material o territorio específico (conformación de los estados-nación y ejércitos nacionales); y unificar, en el mismo movimiento, un mercado nacional común, disponible de tranzar mercancías, incluida la fuerza de trabajo, *libre, liberada*, es decir, expoliada de sus condiciones objetivas de reproducción (fundamentalmente, la tierra como *laboratorium* natural y los instrumentos de trabajo). La representación política capitalista *par excellence* sería la democracia burguesa, el régimen parlamentario bajo la sombra de la bandera republicana-burguesa, con su constitución y sus respectivas leyes.

Evidentemente, este último aspecto también aparece trunco y, de manera clara, en la evolución histórica de las formas políticas latinoamericanas del último siglo¹⁷, donde la irrupción y la proliferación del *militarismo* como expresión política de la pequeño burguesía, sucedánea de la burguesía, apareció como una plausible forma hegemónica alternativa de dominación de clase, materializada a través de una dictadura militar o cívico-militar.

El *militarismo* como forma de dominación social: los movimientos nacionalistas

Mientras las capas burguesas encarnaron el entreguismo, la pequeña burguesía, ocupando el lugar de aquellas, apareció proclamando a gritos la liberación nacional a través de la plausible realización de las grandes tareas democráticas pendientes (los llamados “camino del progreso del país”), es decir, las clases medias como abanderadas de un furioso *nacionalismo*, defensor de la cultura y la tradición nacionales y de la recuperación tanto de los recursos naturales como también de aquellos económicamente vitales, otrora vilmente entregados a los consorcios internacionales del capital foráneo (en el caso argentino, al capital inglés primero y, luego, al capital norteamericano).

No obstante, es un *hecho económico* el que las burguesías de todos los rincones del mundo se asienten en la propiedad privada de los medios de producción y defiendan con todas sus fuerzas este régimen de propiedad; tal es el eje común, su *raison d'être* que une a todas las burguesías, tanto a la nacional como a la imperialista. Por esta razón fundamental, se puede concluir que la burguesía nacional (o su sucedánea pequeño-burguesa¹⁸) es, *in ultima ratio*, reaccionaria (nótese que estamos diciendo en último término y no desde el momento en que enarbola la bandera de las tareas democráticas y el antiimperialismo). En otras palabras, asume actitudes revolucionarias cuando busca acabar con el atraso del país y la opresión foránea, lo que le permite acaudillar la movilización de las masas en el mismo sentido, al enfrentar aparentemente al imperialismo.

Sin embargo, la posibilidad de asumir actitudes revolucionarias frente a la situación imperante no es en lo absoluto sinónimo de ser clase revolucionaria *par excellence* como consecuencia de la opresión imperialista (punto de vista de la mal

¹⁷ Ver “La burguesía incompleta” en Zavaleta, René, *Clases sociales y conocimiento*, Editorial Los amigos del libro, La Paz, 1988.

¹⁸ Siguiendo a Marx, las clases medias pueden asumir actitudes revolucionarias todas vez que se rebelan contra el orden de cosas imperante, lo que, ciertamente, dista de ser equivalente a acabar con el capitalismo; esto sólo puede hacerlo el proletariado por su condición de clase atada a ninguna forma de propiedad de los medios de producción (y por lo tanto a representar, en la sola y única propiedad de su fuerza de trabajo asalariada, la negación de la propiedad o la no-propiedad).

llamada izquierda nacional), es decir, que sea la única capaz de llevar a cabo las tareas históricas necesarias en virtud de su sociogénesis histórica. La burguesía nacional y su sucedánea pequeño-burguesa están condenadas a detenerse a medio camino de la transformación y en concluir capitulando ante el imperialismo.

El antiimperialismo como determinación de clase de un movimiento

La clase obrera, no sólo por tener intereses diferentes a los de otras clases sino por ser *la* clase revolucionaria al encarnar las fuerzas que motorizan progresivamente la historia, lleva en su seno la tendencia a imponer autoritariamente su huella a todos los acontecimientos, a convertirse en dirección de los explotados, lo que supone que pugna incansablemente por darse su propia organización política, como uno de los requisitos para materializar su independencia de clase y dar expresión política a sus intereses.

A su vez, la independencia de clase reviste un carácter esencial en la medida en que el proletariado logra progresivamente acaudillar al movimiento nacional de explotados, es decir, en la medida en que consolida su hegemonía política como clase, al frente de la movilización antiimperialista. De este modo, cobran sentido las tesis de la Internacional Comunista, en particular su cuarto congreso, al diferenciar países oprimidos de opresores. En virtud de la opresión imperialista, la lucha por la liberación de un país atrasado es progresiva, aunque esté dirigida por la burguesía nacional (condenada, tarde o temprano, a traicionar) porque puede asegurar el libre desarrollo de la lucha de clases, es decir, lleva en su seno la posibilidad de que el proletariado acaudille a las masas y tome el poder, condición para la superación del atraso y la apertura de la perspectiva socialista.

Las mismas tesis señalan las condiciones en las cuales el movimiento revolucionario del proletariado puede contraer compromisos temporales con los movimientos nacionalistas: *“La Internacional Comunista debe realizar una alianza temporal con la democracia burguesa en los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse con ella y tiene que mantener en todas las circunstancias la independencia del movimiento proletario, aunque se halle en sus formas más embrionarias”*. Por lo tanto, el mantener esta independencia de clase tiene sentido únicamente si se parte de la perspectiva de que puede acaudillar en el futuro al movimiento de masas por la liberación nacional.

En otras palabras, el frente único antiimperialista, en tanto planteo estratégico para los países atrasados, expresa que el proletariado debe direccionarlo políticamente, o sea, disputando el poder político de la nación, desarrollando una lucha por la dirección del país la cual no es otra cosa que la lucha por implantar como hegemónicas las formas económicas y políticas de la reproducción social (dictadura del proletariado).

Desde este punto de vista, la actitud del proletariado frente a la burguesía nacional involucra una definición del *contenido social* de la revolución, vale decir, define una forma de cerrar el camino al cumplimiento de la estrategia revolucionaria o no, aunque no medie un pronunciamiento explícito sobre este último aspecto.

El nacionalismo burgués: la regimentación política contra la independencia de clase

En su generalidad, los planteamientos alrededor de la realización de las tareas democráticas y de la liberación nacional así como también las más atrevidas medidas adoptadas por la burguesía nacional, son relativamente progresistas y tienen tal carácter durante un determinado lapso: mientras el gobierno nacionalista no realice su viraje

hacia la derecha y se encamine hacia la identificación con el imperialismo, y mientras el proletariado no se oriente abierta y rápidamente hacia la conquista del poder político.

Se trata de gobiernos progresistas en su contraste con la conducta de los gobiernos reaccionarios, incondicionalmente entregados al yugo del imperialismo y convertidos en sus sirvientes más abyectos. Por lo tanto, existe una diferencia significativa entre esta clase y la burguesía imperialista que, para sobrevivir, acentúa y prolonga la opresión nacional sobre los países atrasados. Hay un choque entre las burguesías metropolitana y nativa, el cual de ninguna manera puede conducir a la destrucción del imperialismo sino, simplemente, a un reacondicionamiento de las relaciones entre ambas¹⁹.

La trascendencia de la actitud de la burguesía nacional o de su sucedánea pequeño-burguesa no radica, por ende, en sus planteamientos de realización de las tareas pendientes sino, más bien, en el hecho de que, para fortalecerse políticamente dentro del país y presionar poderosamente sobre el imperialismo (a fin de arrancarle concesiones y negocios favorables para ella), se ve obligada a movilizar y organizar a las masas y, entre ellas, al proletariado²⁰. En realidad, los movimientos nacionalistas que movilizan y organizan al proletariado lo que hacen es poner en pie a su propio sepulturero.

1968: un año revolucionario

Siguiendo a Pablo Rieznik en su trabajo sobre el carácter histórico de la actual bancarrota capitalista mundial²¹, la gran crisis de la segunda posguerra puso fin al pretendido período dorado del siglo pasado, conocido como los “treinta años gloriosos”. No obstante, no fueron treinta ni mucho menos gloriosos: eso es precisamente lo que planteó la gran crisis mundial que se expresó en los estallidos de ese año revolucionario que fue el célebre 1968. Un año que, de modo unilateral, tiende a ser identificado con una revuelta de estudiantes insatisfechos con la “sociedad de consumo”, que los habría saciado materialmente y vaciado en el plano espiritual. Pero si el Mayo francés trascendió fue, en primer lugar, porque el levantamiento juvenil fue la chispa que encendió la más importante huelga general del proletariado de ese país de toda su historia, que paralizó a Francia durante casi un mes.

La movilización revolucionaria de la clase obrera en el centro del mundo capitalista echó por tierra la especie de que los trabajadores de las grandes potencias se habían transformado en una suerte de cómplices de la explotación mundial por parte de sus propios gobiernos y se volvió el símbolo de toda una época.

Si puede afirmarse que el convulsivo año 1968 marcó un hito en la historia moderna es, además, porque tuvo, una dimensión específicamente “global”. Comenzó con lo que se conoce como la ofensiva del Tet, que arrinconó en Vietnam a las tropas invasoras, asestándoles un golpe decisivo a pesar de su enorme costo en vidas y del fracaso de sus objetivos inmediatos. El impacto fue enorme en los Estados Unidos en particular, donde se había desarrollado un gigantesco movimiento contra la guerra.

¹⁹ Incluso, tal como sugiere Lora, “*Si se pudiese dar el hipotético caso del cumplimiento de las tareas democráticas y de la liberación por la burguesía nacional, lo que supondría la derrota o destrucción de la metrópoli opresora, aquella tendería, a su turno, a convertirse en una potencia imperialista*”. Ver “Acerca de la burguesía...”.

²⁰ Del cual, valga decir, su sector básico surge históricamente con la penetración del capital extranjero.

²¹ Ver Rieznik, Pablo, “Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial”, Revista En Defensa del Marxismo n°40.

Liquidó de un plumazo la reelección del entonces presidente Lyndon Johnson y golpeó en el corazón del régimen político norteamericano, que ese mismo año fue conmovido por dos “magnicidios”: el de Martin Luther King en abril y el de Robert Kennedy algunos meses más tarde.

Pero si el Mayo francés fue precedido por el enero vietnamita, fue continuado, a su turno, en agosto de ese mismo año, por un nuevo estallido, esta vez en el este europeo: 5.000 tanques rusos y 200.000 soldados invadían Checoslovaquia para aplastar la llamada “primavera de Praga”, un punto clave en las rebeliones que desde hacía más de una década atrás sacudían el territorio dominado por el stalinismo y sus gobiernos títere de Europa Oriental. Así la clase obrera del este europeo ocupaba un primer plano en la lucha contra el dominio de los usurpadores que decían gobernar en su nombre. En octubre, finalmente, otro hito clave del '68: en nuestro continente, la policía y el ejército mexicano reprimen a sangre y fuego una masiva concentración estudiantil, asesinando a centenas de compañeros en lo que se conoce como la masacre de Tlatelolco.

América latina insurreccionada

Vietnam, el Mayo francés, Praga y Tlatelolco son probablemente los puntos más altos que marcan a ese año de 1968, que “conmovió al mundo”. En nuestra América Latina, el pueblo uruguayo se levantaba contra el gobierno de su país con huelgas y manifestaciones masivas. En Bolivia, la guerrilla de Inti Peredo aparecía como evidencia de una nación insurgente contra la decadente dictadura del general René Barrientos, que pocos meses atrás había hecho fusilar al Che. En Brasil, el estudiantado se levantaba contra su propia dictadura; en la Argentina debutaban las huelgas y la deliberación obrera que poco después culminarían con el Cordobazo. En El Salvador, una huelga general de maestros hacía temblar al país.

Agotamiento del onganíato y creciente resistencia obrera

Hacia fines de la década del '60, la sociedad argentina campeaba en medio del temporal desatado por la crisis mundial. El proyecto político de la dictadura de la “Revolución Argentina” (1966-1973) enfrentaba límites insalvables, especialmente a la hora de contener las crecientes tendencias hacia la insubordinación laboral y la insurrección popular. La evolución marcadamente consciente de los reclamos inmediatos de los trabajadores tomaba un cariz político propio, con contornos y figuras cada vez más definidos a través de la formación y consolidación de organizaciones políticas de izquierda. La profusión creativa de formas y métodos de organización masivos daba cuenta de un movimiento histórico en ascenso: los motivos no faltaban.

Onganía se había propuesto cerrar el ciclo de golpes militares y gobiernos pseudo-constitucionales posteriores a 1955, instaurando un régimen fuertemente basado en las Fuerzas Armadas (FF. AA.) y en los aparatos corporativos. La burocracia sindical (Vandor, de la UOM, Prado, secretario general de la CGT, Taccone, de Luz y Fuerza, Alonso, de Textiles) concurrió a la asunción de Onganía y Perón, desde el exilio español, llamó a “desensillar hasta que aclare”. La dictadura pretendía imponer un régimen “sin plazos pero con objetivos”, es decir, que abriera un nuevo ciclo de desarrollo y acumulación del capitalismo argentino y de reinserción en el mercado mundial, además de la profundización del saqueo imperialista de las riquezas del país.

Para ello, y a partir de la traición de la burocracia del paro general del 1° de marzo del '67, impuso una política de “ajuste” fondomonetarista: congelamiento salarial y facilidades al capital extranjero. Krieger Vasena ocupó el ministerio de Economía, Alsogaray la embajada en EE. UU. y Gotelli (del Banco Italia) la secretaría de Energía (encargada de renegociar los contratos petroleros).

El Cordobazo: huelga política de masas

En 1969, el Cordobazo, la mayor huelga política de masas en la historia argentina, abrió, a través de una praxis de clase concreta, una nueva perspectiva histórica en la conciencia de los trabajadores y de todos los que luchaban contra el Onganiato y el poder político en general, dejando como grandes lecciones la acción directa, la dirección obrera de la lucha antiimperialista y la actualidad de una organización histórica independiente de la clase obrera argentina. Tal como señala Luis Oviedo²², militante del Partido Obrero (por entonces, Política Obrera): *“En el Cordobazo, la clase obrera se opuso de un modo activo, como clase, a la burguesía en su conjunto, es decir al Estado que la unifica para el ejercicio de su dominación política y su explotación económica. A través de esta acción histórica, la clase obrera puso de manifiesto su propia tendencia a la toma del poder.”*

El enfrentamiento directo con la policía y la victoriosa ocupación del centro de la ciudad por una masiva manifestación de obreros y estudiantes acabó por transformar la huelga política en una semi-insurrección: hacia la tarde del 29 de mayo, 150 manzanas estaban en manos de los manifestantes.

La dictadura de Onganía estaba herida de muerte, dejando en estado de agonía al régimen más antiobrero y proimperialista del ciclo gorila abierto en 1955. En este sentido, el Cordobazo marcó un viraje político completo, al poner a la luz el fenómeno fundamental de todo el proceso político y social futuro del país: el surgimiento de una vanguardia obrera revolucionaria²³. La recuperación combativa de la clase obrera y la aparición de un nuevo activismo de base pavimentaron la maduración política de su vanguardia acerca de la necesidad de un enfrentamiento general contra la dictadura.

La profundización de este horizonte de visibilidad de clase enmarcó una experiencia de aprendizaje creciente mediante la cual el proletariado argentino se perfiló como un caudillo de masas, disputando abiertamente el poder político, el control de los resortes del Estado y las formas de la producción material, es decir, socavando los cimientos de la dominación social de la burguesía y, en este mismo movimiento, creando sus propias condiciones de dominación (dictadura del proletariado en tanto eje político y punto cardinal estratégico). El ascenso del clasismo en el mundo del trabajo y la creciente combatividad y organización de las luchas del conjunto de los sectores de la sociedad abortaron los planes “institucionalistas” por lograr un recambio pacífico del poder conservando todas las “conquistas” obtenidas (penetración imperialista en la economía y acentuación de la centralización de los capitales).

“Todos juntos y al mismo tiempo”: la maduración política de una vanguardia obrera revolucionaria

Más allá de que hacia fines de 1968 eran evidentes los signos de agotamiento de la “Revolución argentina”, el verdadero motor de la crisis de la dictadura fue el

²² Oviedo, Luis, “1969-1999: El Cordobazo”, sección especial de Prensa Obrera n°628 en el 30° aniversario del Cordobazo.

²³ Ver *Política Obrera*, 4 de junio de 1969.

reanimamiento obrero que comenzó a mediados del mismo año. En septiembre, se declararon en huelga contra los despidos los petroleros de Ensenada y la flota de YPF. La huelga duró dos meses y se convirtió en una causa nacional. Luego, en seguidilla, estallaron las huelgas de Good Year, Citroen y, a principios de 1969, la larga huelga de la gráfica Fabril Financiera. Todas estas huelgas fueron boicoteadas descaradamente por la burocracia y solamente se sostuvieron por la lucha tenaz de un nuevo activismo de base. Así, aunque los petroleros de Ensenada estaban enrolados en la CGT de los argentinos y la regional platense de la CGT se encontraba bajo su liderazgo, el ongarismo no tomó ninguna medida práctica para llevar la lucha a la victoria. Lo mismo sucedió con la huelga de Fabril Financiera, en el gremio del propio Ongaro: la lucha duró dos meses, durante los cuales, en contra de toda la tradición combativa del gremio gráfico, las publicaciones de Fabril fueron impresas en otros talleres.

Desde el punto de vista reivindicativo, todas estas huelgas terminaron en derrotas, pero fueron, por sobre todo, un punto de apoyo para la maduración política de su vanguardia. "Salir todos juntos y al mismo tiempo" fue la conclusión que se fue abriendo paso en la vanguardia obrera a la luz de estas luchas.

El 'laboratorio' de la huelga política que alteraría la historia argentina se encontraba, sin embargo, en las fábricas automotrices, en Santa Isabel, Perdriel, Transax, Ilasa.

Varios hitos revelan la evolución de este activismo. El 28 de junio de 1968, en el aniversario del ascenso de Onganía, los obreros de Perdriel abandonaron la planta, se movilizaron junto a los estudiantes y sostuvieron enfrentamientos callejeros con la policía en el barrio Clínicas. Dos meses después, el 16 de agosto, durante un paro del Smata, los obreros de Santa Isabel se defendieron valientemente contra la represión policial. En octubre, esos mismos obreros ovacionaron en un acto de mil personas la propuesta de la agrupación clasista Vanguardia Obrera Mecánica (VOM, orientada por Política Obrera) de convocar un paro regional en solidaridad con la huelga petrolera de Ensenada. Las patronales tenían planes para despedir a mil compañeros, lo que llevó a que desde principios de mayo comenzaran sistemáticos paros, quites de colaboración y petitorios. Durante todo 1968, los activistas mecánicos cordobeses discutieron la necesidad de una movilización política general contra la dictadura y los medios organizativos para garantizarla.

*"La prueba clara de la madurez (de esta vanguardia) —afirmaba Política Obrera una semana antes del Cordobazo— es la gigantesca influencia que ha alcanzado la agrupación clasista VOM en los últimos cuatro meses. Las principales secciones de la fábrica han seguido las orientaciones prácticas de los volantes de la agrupación en el 90% de los conflictos, en especial en la lucha contra la 'racionalización'. Pero esta influencia no es sindical solamente sino también política. Para construir la agrupación se discutieron los problemas tácticos del movimiento obrero y revolucionario, la lucha contra la represión, la unificación con el resto de las luchas proletarias y la construcción del partido."*²⁴

El Cordobazo fue concebido y protagonizado por esta vanguardia. La dirección ongarista de la CGT-A, cuyo principal representante en Córdoba era Agustín Tosco, no hizo nada para favorecer esta evolución política. Al contrario, los ongaristas de Córdoba siguieron durante los movimientos de lucha de 1968/69 una cuidadosa política de 'no injerencia' en los 'asuntos internos' del Smata.

²⁴ *Política Obrera*, 21 de mayo de 1969

Prefiguración concreta de una experiencia de masas

Como dijimos anteriormente, el Cordobazo dio lugar a un creciente auge de la lucha de clases (y particularmente de una notable lucha política), continuado en la serie por el Rosariazo, el Tucumanazo, el Choconazo, el Rocazo, el Mendozazo y, nuevamente en Córdoba, el Viborazo de 1971. Todas fueron huelgas políticas de masas que siguieron la huella del Cordobazo, ocupando el centro de la escena hasta 1972. Todos estos “azos” –que hasta en la epistemología se reconocen como herederos del Cordobazo- tienen en común el haber sido gigantescas huelgas políticas de masas que, en su desarrollo, se convirtieron en semi-insurrecciones populares contra el poder político del Estado.

El Cordobazo abrió una crisis revolucionaria, es decir, de poder, en la Argentina, que la burguesía y el imperialismo resolvieron a su favor mediante el retorno de Perón. Fue la presión de la movilización popular, la amenaza concreta que se cernía sobre la dominación burguesa, las que replantearon la cuestión del mantenimiento de la dictadura de Onganía. Era necesario reencauzar las relaciones con el peronismo y con Perón. Era necesaria una presencia política más activa de Perón y el peronismo para contener y desviar la radicalización de las masas.

Quiebre de la “Revolución argentina” y retorno de Perón como garante político

Siguiendo a Política Obrera²⁵, “...el 17 de noviembre de 1972, en medio de una persistente lluvia, Perón retornó al país después de 17 años de exilio. El Aeropuerto de Ezeiza estaba prácticamente cercado por más de 35.000 efectivos con tanques y artillería. El “charter” de Alitalia en que llegó Perón transportaba una abigarrada comitiva compuesta por dirigentes peronistas, de los partidos gorilas aliados al peronismo, de líderes empresarios y de burócratas sindicales. (...) La ‘movilización’ no fue tal. Fue desorganizada desde arriba por la dirección peronista. Perón había declarado reiteradamente que su retorno tenía un propósito de ‘unión nacional’ y de ‘pacificación’, y este propósito se puso en práctica desde el mismo momento de su arribo al país. (...) Finalmente, después de 17 años, el líder proscrito concretaba su retorno. La frustración del anterior intento de 1964 era el resultado de que ni la burguesía ni el imperialismo precisaban, en ese entonces, de su retorno al país. ¿Qué había cambiado, entonces, en 1972, para hacer posible el Retorno?”

La respuesta a esta pregunta se halla informada directamente por el vertiginoso ascenso de la lucha de los trabajadores contra el régimen. En efecto, y retomando los planteos de Coggiola²⁶, las características del período revolucionario abierto por el Cordobazo se derivan de los problemas que salió a enfrentar: a) fue una rebelión contra la miseria originada en el estancamiento crónico de la economía argentina, o sea, una expresión subjetiva de la *rebelión de las fuerzas productivas* contra el atrasado capitalismo semicolonial; b) fue un levantamiento contra la entrega del país llevada adelante por los Krieger Vasena, esto es, un *alzamiento antiimperialista* liderado por la clase obrera; c) fue la expresión abierta del combate contra la integración vanderista al onganiato, por lo que abrió un vasto período de *luchas antiburocráticas*, cuyos puntos máximos fueron la recuperación *clasista* del SITRAC/SITRAM (1970), el Plenario Nacional Clasista por ellos convocado (agosto de 1971), la recuperación del SMATA Córdoba por la Lista Marrón antiburocrática encabezada por Salamanca (1972). En

²⁵ Ver material del curso “Historia de la izquierda en la Argentina”, dictado por Lucas Poy, pág. 44.

²⁶ Ver Coggiola, Osvaldo, *Historia del trotskismo en Argentina y América latina*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006, pág. 222

cierto modo, una carrera contra el tiempo, para dotarse de una dirección política, es protagonizada por la burguesía y el proletariado.

De este modo, una de nuestras principales hipótesis de trabajo es que hacia 1975 la sociedad argentina atravesaba una crisis social de enorme magnitud, la cual se desarrollaba sobre el trasfondo de una crisis capitalista mundial. En este sentido, el derrumbe político de las clases dominantes expresó un quiebre del poder social y, por lo tanto, la gestación de las condiciones inherentes a una situación revolucionaria, entendida esta última según la definición clásica de Lenin (permítasenos citar *in extenso*):

“¿Cuáles son, en términos generales, los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no incurrimos en error si señalamos estos tres síntomas principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las “alturas”, una crisis en la política de la clase dominante que abre una grieta por la que irrumpe el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar que “los de abajo no quieran”, sino que hace falta, además, que “los de arriba no puedan” seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación, fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de “paz” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos “de arriba”, a una acción histórica independiente.

Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria.”

En otras palabras, los desequilibrios estructurales de la economía argentina y un déficit soberano crónico (bancarrota de las finanzas estatales) impactaron sobre el mapa de las clases, agudizando la disputa por la riqueza social y catalizando la lucha de clases hacia formas cada vez más conscientes y visibles *ergo* politizadas. En efecto, los conflictos en torno al control obrero de la producción y la búsqueda por imponer la democracia obrera en los lugares de trabajo aparecieron como las expresiones más inmediatas de este ascenso de la lucha de clases, y más específicamente, como los pasos necesarios para preparar y desarrollar (en términos de acumulación) una lucha política por la dirección de la sociedad y su transformación revolucionaria. La constante irrupción de las masas en los acontecimientos del período expresa la incapacidad de la burguesía por modelar el medio a su imagen y semejanza, poniendo en jaque su dominio y control de la situación.

El trasfondo necesario de una lucha política encarnizada

Preanunciada por las huelgas gráficas y petroleras del '68, la sublevación cordobesa de junio de ese año (Pampillón) y por las huelgas metalúrgicas y del transporte de Córdoba de principios del '69, una serie de grandes embates de masas abrieron en 1969, con el Cordobazo, un proceso revolucionario que quebró definitivamente al régimen político del ciclo “gorila” instaurado en 1955 por la

“Revolución Libertadora”²⁷. El mismo dio lugar a una forma particular de dominio estatal basado en la proscripción del peronismo, el desconocimiento de la voluntad de la mayoría de la clase trabajadora y a una seguidilla de gobiernos civiles y militares que intentaron “modernizar al país”, sentando las bases para la profundización de la penetración imperialista.

El Cordobazo representó la mayor huelga política de masas en la historia argentina. A partir de ese momento, la acumulación y asimilación de una profunda experiencia de masas basada en la lucha y la organización por reivindicaciones de carácter inmediato, evolucionará hacia una tónica política más nítida, definiendo y demarcando, en las áreas industriales de punta (corredor industrial Córdoba-Rosario-Buenos Aires), una vanguardia obrera revolucionaria²⁸.

Tal como explica Löbbe²⁹, para nuestro caso de estudio, la zona Norte del Gran Buenos Aires compartía, junto con la Capital Federal, el Gran Buenos Aires y el resto de la Provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, ciertas características distintivas que perfilaban el corazón y la columna vertebral de las ramas más importantes y dinámicas de la economía nacional. En este conjunto de jurisdicciones habitaban más del 60% de la población total de la Argentina, sumando, a su vez, más de dos tercios dedicada a la industria y al comercio, con un altísimo porcentaje ocupado en la industria manufacturera, la cual monopolizaba la inmensa mayoría de la fuerza motriz instalada en la industria y aportaba la porción más significativa del valor de dicha producción primaria en términos nacionales.

En síntesis, primero Perón y, luego, la dictadura militar del '76, venían a liquidar la cabeza rectora y motriz de una sociedad argentina insurreccionada: el destacamento de vanguardia de las masas oprimidas, los obreros industriales de las ciudades, cuya organización y politización habían alcanzado niveles insostenibles para la burguesía argentina, poniendo en riesgo los resortes mismos de la hegemonía (crisis de dominación social o crisis de poder).

A la movilización masiva se le agregaba su causa y consecuencia necesarias: la construcción, expansión y consolidación de organizaciones políticas de izquierda, ya fuera bajo la forma de partidos revolucionarios³⁰, grupos armados³¹ y agrupaciones sindicales, gremiales y cuerpos de delegados y comisiones internas cuyo carácter general era antiburocrático y combativo, reivindicando de forma más o menos directa su

²⁷ Ver Werner, Ruth y Aguirre, Facundo, *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009.

²⁸ Entendemos la vanguardia en el sentido que le da Lenin en un discurso del año 1922, titulado “Sobre el discurso del materialismo militante”: “...para el éxito de todo trabajo revolucionario serio, es necesario comprender y saber aplicar en la práctica el concepto de que los revolucionarios sólo son capaces de desempeñar el papel de vanguardia de la clase verdaderamente vital y verdaderamente de vanguardia. La vanguardia cumple sus tareas como tal vanguardia sólo cuando sabe no aislarse de la masa que dirige, sino conducir realmente hacia delante a toda la masa. Sin la unión con los no comunistas, en los más diversos terrenos de la actividad, no puede ni siquiera hablarse de ninguna construcción comunista eficaz.” Ver la compilación estalinista Lenin, Vladimir, *Marx – Engels – Marxismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1967, pág. 471.

²⁹ Ver Löbbe, Héctor, *La guerrilla fabril*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2009, pág. 25.

³⁰ Tales como Política Obrera-PO, Partido Socialista de los Trabajadores-PST, Organización Comunista Poder Obrero-OCPO, Partido Comunista Revolucionario-PCR o, incluso, el espíritu contrarrevolucionario y traidor encarnado en la burocracia estalinista del Partido Comunista (PC) argentino, cuya juventud, la “Fede”, llegó a contar con varios miles de militantes.

³¹ Nos referimos a Montoneros, Fuerzas Armadas de la Liberación-FAL (PCR), Fuerzas Armadas Revolucionarias-FAR (PC), Fuerzas Armadas Peronistas-FAP, Ejército Revolucionario del Pueblo-ERP (PRT).

situación de clase explotada y revolucionaria. Gran parte de este colectivo de organizaciones confluirían desde mediados de 1973 hasta prácticamente 1975 en distintos intentos (algunos más concisos que otros) por conformar coordinadoras de lucha y organización entre los distintos lugares de trabajo, de acuerdo a su cercanía geográfica.

Bajo las formas de una subversión social generalizada (y un estado de discusión general y permanente sobre esta exacta situación), la crisis aparecía a los ojos de los empresarios como el terror de la *guerrilla fabril*³², esto es, la aprehensión miedosa hacia las formas obreras de deliberación colectiva (asambleas, reuniones de sección, intercambio de materiales políticos, etc.) así como el pánico desatado con respecto a los desafiantes cuerpos de delegados y comisiones internas, dueños, por momentos, del dominio de la producción capitalista; en particular, los trabajadores resultaban ser sumamente astutos cuando utilizaban al propio organismo fabril para sus objetivos de clase.

Así, la lucha de clases se camuflaba frente a los supervisores y capataces de modos más o menos explícitos, desde los quites de colaboración (trabajo a desgano, la no realización de horas extras, el incumplimiento de horarios y metas de producción, etc.), el sabotaje a la producción (o, estratégicamente, a un sector de ella), o, directamente, el paro activo en el lugar de trabajo. El número de conflictos laborales y, más aún, de luchas ganadas por los trabajadores se multiplicaba y abonaba el terreno para un salto cualitativo en la intervención política de la clase obrera en la crisis de poder.

Dicho de otra manera, cada una de las luchas que libraban cotidianamente los obreros del corredor industrial Córdoba-Rosario-Bs. As. irradiaban al resto del país el grado de maduración de su conciencia, mostrando cuál era el camino y la perspectiva de la clase, es decir, el método y el proyecto político, su horizonte de visibilidad, trayectoria y resolución a través de una estrategia política cristalizada en una táctica y una dirección política consciente. Naturalmente, un debate aparte merece dicha dirección y su conciencia sobre su rol, sus caracterizaciones y actuaciones así como, justamente, sus límites políticos inherentes, trabas concretas que obstaculizaron la evolución de una alternativa política de masas.

Particularmente, entre 1975 y 1976, la coordinadora de zona Norte del Gran Buenos Aires agrupaba más de sesenta fábricas cuyos contingentes obreros (alrededor de 48.150 trabajadores en total³³) venían realizando en los últimos años una inmensa experiencia de lucha, tanto contra la patronal como contra el Estado, lo cual los mantenía en un estado asambleario permanente, discutiendo una salida que trascendiera el ámbito laboral, es decir, una salida para los grandes problemas del país, una salida política frente a la crisis de poder social. El agrietamiento de la fisura dentro del peronismo aunado al quiebre del régimen político acicateaba aquel movimiento obrero que rebasó los límites fijados por la burocracia sindical, de un lado, y Perón y el nacionalismo burgués, del otro; el avance de los trabajadores parecía imparable, su arrogancia y prepotencia frente al poder, inconcebibles e insoportables.

³² Ver Löhbe, Héctor, *La guerrilla fabril*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2009.

³³ Las cifras las tomamos del Anexo del estudio ya citado, Werner, R. y Aguirre, F., *Insurgencia obrera...*

Bibliografía de consulta

- ✚ Canelo, Paula, *El proceso en su laberinto*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008
- ✚ Coggiola, Osvaldo, *Historia del trotskismo en Argentina y América latina*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006
- ✚ Equipo de redacción de Prensa Obrera, *El partido obrero y el peronismo*, Ediciones Prensa Obrera, Buenos Aires, 1983
- ✚ Izaguirre, Inés (comp.), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983*, Eudeba, Buenos Aires, 2012
- ✚ Lenin, Vladimir, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Editorial Progreso, Moscú, sin fecha
- ✚ Lenin, Vladimir, *Marx – Engels – Marxismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1967
- ✚ Löhbe, Héctor, *La guerrilla fabril*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2009
- ✚ Lora, Guillermo, “Acerca de la burguesía nacional” en *Estudios Histórico-Políticos sobre Bolivia*, Ediciones El Amauta, La Paz, 1978
- ✚ Lora, Guillermo, *Revolución y foquismo*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011
- ✚ Mariátegui, José Carlos, *Textos básicos*, FCE, México, 1995
- ✚ Marín, Juan Carlos, *Los hechos armados*, Ediciones PI.CA.SO./La rosa blindada, Buenos Aires, 2007
- ✚ Marx, Karl, *El capital*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008
- ✚ Oviedo, Luis, “1969-1999: El Cordobazo”, sección especial de Prensa Obrera n°628 en el 30° aniversario del Cordobazo
- ✚ Rieznik, Pablo, “Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial”, Revista *En defensa del marxismo*, n°40
- ✚ Trotsky, León, “Declaración a un periódico cubano”, septiembre de 1938
- ✚ Werner, Ruth y Aguirre, Facundo, *Insurgencia obrera en la Argentina (1969-1976)*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009
- ✚ Zavaleta, René, *Clases sociales y conocimiento*, Editorial Los amigos del libro, La Paz, 1988